

RATO XIII.

EL DÍA DE FILENO.

¡Ay, amigo Fileno! hoy es tu "día!"  
¡Qué triste me parece!  
Si en brazos de la aurora así amanece,  
¿Que será sepultado en noche umbría?  
¡Oh, si pudiera hacerte compañía,  
Volando en alas de mi gran deseo.  
Sin duda mi disgusto se trocará  
En plácido recreo  
Que tu grata presencia me inspirará!  
Entonces por la selva, el campo, el soto,  
Renovando el antiguo sacro voto  
De amistades eternas,  
Daríamos á los rústicos altares  
Frutos razones, florecillas tiernas,  
Que acompañaran himnos y cantares.  
Entonces en los más robustos troncos,  
Y en los peñascos broncos  
De humildes silenciosas soledades,  
No en soberbias columnas,  
Que levantan fantásticas fortunas  
Y que el tiempo derriba en las ciudades,  
Nuestro nombre pondríanos, para ejemplo  
De los demás zagales,  
Que olvidaron el voto de leales;  
Que en el glorioso templo  
De la amistad sagrada  
Prometieron con mutua fe jurada.

Entonces, olvidando tanta pena,  
A que el hado más triste y riguroso  
Severo nos condena,  
Con el mosto más suave y generoso,  
Nuestras dulces preciosas zagalejas  
Ceñiríamos las frentes con guirnaldas,  
Y quizá, reclinados en sus faldas,  
Nos darían de su amor muy blandas quejas.  
Entonces, agitada la alegría,  
Dulcisonas cañuelas alentara,  
Y en pastoriles versos celebrara  
Lo más conforme á tu glorioso día.  
Descendieran tal vez á nuestras voces  
De la altiva montaña  
Amadriadas y Faunos, que veloces  
Saltaran de contento en la cabaña,  
Entonces . . . ¡ay, Fileno muy amado!  
Si no es posible el que hoy esté contigo,  
Con imágenes sólo te fatigo,  
Que tienen el valor de lo soñado,  
Recibe pues, amigo, mis deseos,  
Y goza de tu día  
Con todos los recreos  
Que te ofrezca en su dulce compañía  
La inocente hermosura  
En cuyo altar consagras tu ternura.  
Mientras que yo me miro aquí tan sólo,  
Si bien entre el bullicio cortesano,  
Que parezco habitante de algún polo  
Donde apenas llegó el género humano.  
Por último, Fileno,  
Versos, te lleguen del castalio coro,

Entre tanto que yo en lugar ageno  
Quiero cantarte, y de congoja lleno  
La lira dejo, y nuestra ausencia lloro.

RATO XIV.

LA LIBERTAD.

¡Qué admirable concierto! ¡qué armonía!  
Mantiene el universo! El soberano  
Autor con sabia omnipotente mano  
Su máquina gobierna noche y día.  
¡Oh! ¡con cuánta alegría  
Se asoma la mañana! Las estrellas  
Cual moribundas lámparas fallecen  
Allá en el más distante de los cielos.  
Las blandas luces bellas  
De la alba resplandecen  
Como por tenues delicados velos.  
Por el oriente sube el sol de fuego  
Derramando en el éter mil colores.  
Alégrase la tierra, y abren luego  
Su seno de ámbar las pintadas flores.  
Con soplo lisonjero el aire blando  
Las mueve: y el arroyo cristalino  
Las salpica de ajófar trasparente.  
Los pájaros volando,  
Con agradable trino  
Cantan su libertad alegremente:  
Su amada libertad. . . ¡Oh, don del cielo,  
Que unos á otros los hombres se han quitado,  
Verdugos de su especie! . . . Un denso velo  
Dejo caer de repente al maltratado  
Cuadro, de quien Dios mismo fué el modelo.

¡Infelices! dejad esas ciudades,  
Donde el poder ufano,  
Como infernal ministro de la muerte,  
Eleva atadas al carro de la suerte,  
Por horrendo blasón de sus crueldades,  
Tristes reliquias del linaje humano.  
Venid: y libres de feroces gentes,  
Esplayad vuestros ojos lastimados  
Por estas soledades inocentes.

A Dios, alegres prados:  
Porque el sol caluroso  
Me retira á mi albergue silencioso.  
Admitidme entre tanto  
Que vuelvo á vuestro seno delicioso  
El triste obsequio de mi justo llanto.

RATO XV.

LA MUERTE DE FILIS.

Mi dolor me conduce al campo ameno  
En la fresca mañana.  
Miro el rostro sereno  
De la alba que se asoma á su ventana:  
Las flores con que el prado se engalana:  
Las campiñas risueñas:  
El arroyo que brinca entre las peñas.  
Escucho las canciones de las aves:  
Y recibo el aliento  
De dos favonios suaves.  
De este modo el rigor de mi tormento

Parece que se calma;  
Pero en la realidad tanta belleza  
De la varia feraz naturaleza,  
Me suscita motivos en el alma  
De la mayor tristeza.

¿Qué importa que tu imagen cariñosa,  
Tu mismo rostro dulce y halagüeño,  
Cual sombra regalada en blando sueño,  
Se me presente aquí, Filis hermosa?  
Ilusión agradable; pero vanía,  
Pues el golpe violento  
De tu muerte temprana  
Acabó con tu vida y mi contento.

¡Ay Filis! tu hermosura  
Fué la primera que encendió en mi pecho  
De un amor celestial la llama pura.  
Mi corazón en lágrimas deshecho  
Lanzaré por los ojos noche y día.  
Cierto que no honraré con tiernas flores  
En fe mis amores  
El túmulo dó estás, ceniza fría.  
Mas exige el amor que me tuviste.  
Las lágrimas, las quejas, los suspiros,  
Harán mi ofrenda triste  
Por estas soledades y retiros.  
Aquí te llamaré en todos instantes:

Y aunque sorda á mis lúgubres gemidos,  
Los montes y las sierras más distantes,  
Repetirán heridos  
Tu nombre amado en ecos doloridos.

RATO XVI.

MI RETIRO.

Olvidado ¡ay de mí! de los mortales,  
En mi triste aposento  
Me consume interior desabrimiento.  
Ya para mí los astros celestiales,  
El sol resplandeciente,  
En vano saca su inflamado coche  
Por las doradas puertas del oriente:  
Y la luna, plateándose de noche,  
En vano para mí se manifiesta.  
Una sombra funesta,  
Que levanta la horrenda hipocondría,  
Como una nube gruesa  
Que al mundo estorba para ver el día,  
Entre mi alma y el gusto se atraviesa.  
Parece que mi triste sepultura  
Me adelanta la suerte  
En esta melancólica clausura.  
¡Ay de mí! los horrores de la muerte  
Se me ponen delante á cada paso:  
Llega el sol á su ocaso.  
A su sepulcro llega, y en el cielo  
La noche extiende su estrellado manto;  
La noche que otros duermen, y yo velo,  
Acompañado sólo de mi llanto,  
Y del mortal pavor que me amedrenta.  
¡Noche funesta, noche de amargura,  
En cuya sombra oscura

A lo vivo ¡ay dolor! se me presenta  
La noche eterna de mi sepultura!

RATO XVII.

MIS ENSUEÑOS.

¿Qué me queda ¡ay dolor! si el blando sueño  
Recurso un tiempo en la tristeza mía,  
Ya no viene á mis ojos atenuados  
Con el rostro risueño  
Que alegraba mi triste fantasía?  
Hoy sólo dos ensueños más pesados  
Inquietan mi reposo.  
En este lecho ¡ay triste! el más penoso  
Tal vez se me presenta  
La inexorable parca macilenta  
Luchando con mi vida ya causada.  
Tal vez que en tribunal el más temible,  
Por la justicia airada  
La sentencia terrible  
Es contra mi alma ¡oh cielos! pronunciada,  
Tal vez una caverna  
Del seno de la tierra en lo profundo,  
En cuyo espacio inmundo,  
Sus sombras extendió la noche eterna.  
El humo pestilente  
Que bosteza la gruta pavorosa,  
Los roncós alaridos  
Que salen de aquel hondo continente,  
Amedrentan á mi alma temerosa.  
Aun no despierto, cuando mis gemidos  
Penetran de Fileno los oídos;

Y éste desde su cama,  
Con asustada voz luego me llama.  
En mi vuelo: y apenas el espanto  
De mis ojos aparta el duro ceño,  
Cuando al hórrido sueño  
Se siguen los raudales de mi llanto.

¡Oh tú, que desde el trono en que te sientas  
De luces inmortales  
Allá sobre el alcázar de los cielos,  
Precipitas las noches soñolientas  
Para alivio de todos los mortales!  
Eterno Dios, que ves mis desconuelos,  
Líbrame de esta pena tan tirana.  
Y así como la luz de la mañana,  
Que sale por las cumbres de los montes,  
Alegra los opacos horizontes:  
Así tu luz graciosa y soberana,  
Disipando el horror de la alma mía,  
La llene de consuelo y alegría.  
En tan penoso lance,  
Mi voto humilde tu favor alcance.

RATO XVIII.

MIS PADRES BIENAVENTURADOS.

¡Oh, qué astros tan lucientes  
Ostenta en su techumbre  
La perdurable bóveda del cielo!  
Mis ojos tan pendientes  
Se observan de su lumbré,  
Como que en verla sólo hallan consuelo.

¡Oh, y cómo levantaron su alto vuelo  
Aun más allá de la fogosa cumbre  
Que perciben los ojos perspicaces,  
Las almas de mis padres venturosas!  
En el inmenso reino de las paces  
Se eternizan con palmas victoriosas.  
Laurel inmarcesible  
Orna sus sienes santas.  
Revístense de luz inextinguible,  
Y á sus felices plantas  
Forman pizarras bellas,  
O escabeles de luces las estrellas.

¡Oh, padres! ¡padres míos!  
Aliviad desde allá mis desconuelos:  
Mis ojos hechos ríos  
Suplican al Señor de las alturas  
Que me una con vosotros en los cielos,  
Para que tengan fin mis amarguras.

RATO XIX.

LA CONSUNCIÓN.

De tu regazo tierno, dó se anida  
Halagüeño el Amor, Vénus graciosa,  
Me arrebatan con fuerza poderosa  
Los años destructores de mi vida.  
La guirnalda tejida  
De mil alegres deliciosas flores,  
La misma que con mano delicada  
Trenzaron los amores

Para adorno festivo de mi frente,  
Hacia mis pies contemplo destrozada.

Todo lo vence el tiempo. Sus rigores  
Consumen lentamente  
El placer regalado.... Mas, ¿qué es esto?  
¿Por qué en los brazos ya, por qué tan presfo  
En los débiles brazos, ¡triste suerte!  
De la vejez me miro? edad cansada,  
A quien postra la muerte  
Con solos los amagos de su espada....  
De su espada que triunfa aun del más fuerte.

Treinta y tres años cuento.... no cabales;  
Pero así como en malos temporales  
Acelera su curso el cano invierno,  
Y marchita la flor del campo tierno:  
O así como en la tarde tempestuosa  
Tras de nube lluviosa  
El sol esconde toda su alegría,  
Déjase ver la noche presurosa,  
Y antes de tiempo muere el claro día:  
De la misma manera, ¡oh suerte dura!  
Sobre mi edad florida,  
En el día más risueño  
La vejez se apresura  
Con su rugoso y extenuado ceño,  
Por acortar los pasos á mi vida.

¡Oh fugitivos años,  
Que con pasos violentos  
Me obligáis de este mundo á la salida!  
Vuestros son tantos daños,

Motivo para duros escarmientos,  
Y tristes desengaños....  
Deteneos un instante en la ligera  
Continuada carrera  
En que os pendéis de vista á los mortales;  
Pondré remedio á tan funestos males....  
Mas, en vano se esfuerzan mis lamentos:  
¿Pues qué brazo robusto habrá bastante  
Para hacerós parar un sólo instante?  
No es tan veloz el carro estrepitoso  
De los ligeros vientos,  
Cuando á la voz del Todopoderoso  
Con sus volantes ruedas  
Se arrebata las grandes arboledas.

Con razones se suscitan mis congojas,  
Cuando advierto que el tiempo despiadado  
Como al árbol que el cierzo ha despojado  
Del natural adorno de sus hojas,  
Sin cabellos me deja la cabeza,  
Adorno que me dió naturaleza.  
¿Miserable de mí! tan gran mudanza  
Hace morir del todo la esperanza.  
Toma asiento en el alma la tristeza:  
Nace la enfermedad consumidora:  
Llueve el cielo cuidados:  
Y llega la fatal, la última hora  
De que en tropel los males conjurados  
Me arrastren á la puerta tenebrosa  
Del sepulcro, ¡ay de mí! donde contemplo  
Que ni la guarda de una triste losa  
Me librará de ser un triste ejemplo.

Hasta allá seguiránme los excesos  
Del tiempo: y la memoria,  
Recordando pasajes de mi historia,  
Carcomerá también mis pobres huesos.

RATO XX.

MI DIFUNTA HERMANA.

El tiempo ¡ay triste! de la noche oscura,  
Que corre acelerado,  
Viene á ser para el hombre desgraciado  
Un siglo de tormento y amargura.  
Mil años de dolor me han parecido  
Diez horas que han corrido....  
Diez horas de tristeza, que volaron  
De mi presencia, desde que las lumbres  
Del sol tras de los montes se ocultaron  
Para alegrar del orbe la otra cara.  
¿Qué grandes! ¡qué molestas pesadumbres  
Gravan mi corazón! ¡oh, si acabara  
De llegar al sepulcro, donde yace  
Reducida á pavesas la luz pura  
Con que á tantos cegaba tu hermosura!  
Allá el hombre infeliz, desde que nace  
Dirige su camino,  
Con la carga de males agobiado  
Que le impone la ley de su destino.  
Allá encuentra descanso, allá reposa,  
Del resto de los hombres olvidado,  
Cubierto de una losa.  
¡Dulce morada de la paz! ¡dichosa

Habitación que anhelo  
Para mis pobres huesos, mientras mi alma  
Se sube al alto cielo  
Para alcanzar la inmarcesible palma!  
Esta esperanza.... es cierto,  
Es al hombre de penas combatido  
Lo que el seguro puerto  
Al que navega el mar embravecido.  
¡Dichoso tú! ¡dichosa  
Tu alma, hermana mía,  
Que dejando esta tierra trabajosa,  
Descansa en paz por un eterno día!  
¡Gran satisfacción! Mas si se advierte  
La dolorosa causa de tu muerte:  
Si se atiende á tus hijos pequeñuelos:  
Si se ve á tus hermanos afligidos:  
Si á tu esposo, que manda hasta los cielos  
Mil suspiros, mil ayes, mil gemidos....  
¿Quién con estos tan lúgubres despojos  
Podrá tener sin lágrimas los ojos?

Yo derramo un torrente, cuando el mundo  
Cubierto de la noche tenebrosa,  
En silencio profundo  
Una imagen me inspira pavorosa  
De aquel tremendo día,  
El postrero del tiempo y las edades,  
En que dejando aquellas cavidades  
De la región umbría,  
Tú, yo, y todos seremos reanimados,  
Unos para descanso y alegría,  
Y otros para el abismo condenados.

¡Oh! líbreme, Señor, tu brazo fuerte  
De la espantosa, de la eterna muerte  
Cuando del alto cielo estremecida  
La fábrica admirable,  
Y la terrestre máquina movida  
De tu mano al impulso formidable,  
El mundo delincuente sea despojo  
De las ardientes llamas de tu enojo:  
Entonces, juez eterno,  
No quieras sepultarme en el infierno.

#### RATO XXI.

#### LA INMORTALIDAD.

En este triste solitario llano,  
Dó violentas me asaltan las congojas,  
No ha mucho que extendió sus verdes hojas,  
Y salpicó de flores el verano.  
Este tronco esqueleto, con que ufano  
Estuvo el patrio suelo,  
Abrigaba los tiernos pajarillos  
Entre frondosas ramas:  
El líquido arroyuelo,  
Por márgenes sembradas de tomillos,  
De cantuesos de pálidas retamas,  
De rubias amapolas,  
De albos jazmines y pupúreas violas,  
Mansamente corría  
Bañando el fértil prado de alegría.  
Benigno el aire en la espaciosa estancia  
De los lejanos frutos y las flores,  
Desparramaba el bálsamo y fragancia.  
¡Oh tiempo, y lo que vencen tus rigores!

Llega del año la estación más cruda,  
Y mostrando el invierno sus enojos,  
Todo el campo desnuda  
A vista de mis ojos,  
Que ya lloran ausentes  
Los pájaros, las flores y las fuentes.  
En los que miro ¡ay triste! retratados  
Los gustos de mi vida,  
Por la mano del tiempo arrebatados,  
Cuando helada quedó mi edad florida.  
¡Dulces momentos, aunque ya pasados,  
A mi vida volved, como á esta selva  
Han de volver las cantadoras aves,  
Las vivas fuentes, y las flores suaves,  
Cuando el verano delicioso vuelva!  
¡Mas ay! ¡votos perdidos,  
Que el corazón arroja  
Al impulso mortal de mi congoja!  
Huyéronse los años más floridos,  
Y la edad que no para,  
Allá se lleva mis mejores días....  
A Dios, pasadas breves alegrías,  
Qué ¿no volvéis siquier la dulce cara?....  
Aridas tierras, más que yo dichosas,  
No así vosotras, que os enviando el cielo  
Anuales primaveras deliciosas,  
Se corona con mirtos y con rosas.  
La nueva juventud de vuestro suelo.  
Pero ¿qué rayo ¡ay Dios! á mi alma enciende?  
¡Ah! luz consoladora,  
Que del solio estrellado se desprende....  
Mas allá de la vida fatigada....

Sí, de la vida cruel que tengo ahora,  
Cuando sea reanimada  
Esta porción de tierra organizada,  
Entonces, por influjos celestiales,  
En los campos eternos  
Florecerán mis gustos inmortales  
Seguros de los rígidos inviernos.

RATO XXII.

L A M E M O R I A .

No me atormentes ¡ay! no me atormentes,  
Cruel memoria mía,  
Poniéndome presentes  
Tantos sucesos tristes que creía  
De tu eterno volúmen ya borrados.  
En vano os fatigáis, ojos cansados....  
En este mismo instante la memoria,  
Cual si corriera un velo de repente  
Al funesto teatro de mi historia,  
Renueva mi dolor.... Violentamente  
Usense los países más diversos  
Por donde me han llevado  
Los hados más adversos....  
Del cúmulo de males que he pasado  
Registro mil tristísimos despojos  
En un punto reunidos....  
¿Qué me aprovechan lúgubres gemidos?  
¿Qué derramar sus lágrimas mis ojos,

Caro Francisco, hermano y compañero,  
Amado Silvio, y tú, Clorila mía:



Si mi gemido ronco y lastimero  
Llegar no puede á la región umbría. . .  
¡Ay muertos muy amables,  
Cuyas sombras me son inseparables!  
En vano estoy llorando noche y día:  
Y en vano ¡ay musa! tu favor me diste  
Para que yo llorara mi tormento;  
Mas aunque en la alma triste  
Los mismos males siento  
De que antes me quejaba,  
No olvidaré que al son de tu instrumento,  
Estos versos cantaba,  
Cuando en mis "Ratos tristes" te invocaba.  
A Dios, ¡oh musa amada!  
Que en el llanto la voz queda anegada.

Así me despedía  
De la musa que entona la elegía:  
Y entonces la memoria  
El libro cierra de mi triste historia.

## A LA MUERTE DE CLORI

### ELEGÍAS

#### ELEGIA PRIMERA.

Acelera tu curso, noche umbría,  
Y cubre con tu velo tenebroso  
La escena infausta de tan triste día.  
¿Qué importa que en su carro luminoso  
El sol resplandeciente  
Salga por el oriente  
Alumbrando la lóbrega montaña?  
¿Qué importa, si allá dentro en mi cabaña  
Sobre la tierra fría  
Tendida yace la zagala mía?

¿Posible es, muerte dura,  
Que mi mitad más dulce me quitaras  
En la mejor hechura  
De la madre natura. . . .  
Posible es que á mi Clori me llevaras?  
¿A dō me la llevaste?. . . . ¿á dō te has ido,  
Clori, en edad tan tierna?